

calientes de sus respectivos cónyuges. Servio cometió la debilidad imperdonable de no impedir aquel matrimonio repugnante y la pagó con su vida. En el hogar, en el tálamo, á la mesa, de día, de noche, Tulia no dejaba un punto á su esposo, impeliéndole, ora con reconvenciones amargas, ora con burlas cruentísimas al doble crimen perpetrado en la persona de su padre y de su rey. Un ambicioso impulsado por mujer ambiciosa también, por la mujer á quien Dios creó para serenar las pasiones y endulzar la vida; un ambicioso espoleado por tal excitación perenne, debía vivir en perpetua conjuración, ganarse los jóvenes con liberalidades, los viejos con honores, los humildes con promesas, llegando á una sedición irremediable. Así un día, cual si las curias, ó los comicios, ó las tribus, ó las gentes, ó cualquiera de los grandes organismos que revestía el Estado entonces, lo hubieran designado para el cargo de rey, se ciñe la diadema, empuña el cetro, toma la regia púrpura, y, alzándose airado en el trono defendido por la religión del derecho, se declara sin escrúpulo rey de los romanos. Los primates, á quienes adulara; los senadores todos, recién instituidos por su padre; las gentes ganadas con dispendios; los corrompidos por sus dádivas; los alentados por sus promesas; los afectos á cambios; los duchos en conspiraciones; los débiles, temerosos

de todos los fuertes, acuden al audaz y le prestan con sus complicidades y con sus bajezas de diversa índole, pero de igual maldad, el codiciado triunfo. Todo cuanto podía contribuir al inmediato logro de su terrible usurpación, todo lo empleó aquel monstruo del vicio manchado por la deshonra. Esclavo denominó á Servio en las innobles arengas con que movía los ánimos á la rebelión y cohonestaba su crimen, esclavo, hijo y nieto de antiguos esclavos, usurpador, demagogo, autor del censo para señalar con él y su importe á la envidia del pobre la fortuna del rico; todas estas invectivas increíbles y soeces dirigió á quien debía profundo y religioso respeto. Mientras tales blasfemias profería, llega Servio y pregunta cómo ha podido, en su increíble audacia, su yerno, su discípulo, su pupilo, su vasallo, levantarse al trono por él ocupado y convocar las curias por él dirigidas. Tras estas palabras, la sedición comienza, con la sedición el combate cuerpo á cuerpo entre los allí presentes, y en el combate se perpetra el vil crimen, apenas creíble, de Tarquino, quien, agarrando á su padre y monarca Servio por el cuerpo, lo estrella contra las gradas del Senado. En la corrupción traída por el despotismo etrusco á Roma, sabíase lo que debía suceder: la monarquía tocaba de derecho al más criminal por ser el más atrevido, y al más atrevido por

ser el más afortunado y victorioso. Así el cadáver de Servio, del rey y del ciudadano que defendiera la ciudad y la monarquía, muerto por esta defensa en las gradas del Palatino, según unos, y según otros en su propia vivienda, y á manos de su yerno, fué de un punto á otro arrastrado entre ofensas é insultos, y, por último, tendido y dejado sin sepultura y sin piedad en medio de las calles, á merced ¡horror! de los cuervos y de los perros.

Y todavía no se colmaba la medida. Tulia, sentada en su carro como una diosa del Asia, se dirigió al sitio donde su marido se hallaba en porfias con todo el mundo por la dominación; y á pesar de las inmensas muchedumbres á todos terribles cuando están desencadenadas, y mucho más á una débil mujer; á pesar del tumulto creciente y amenazador en todas las diversas direcciones promovido; á pesar de las armas y de las iras que relampagueaban tormentas, en el colmo de su alegría saludó á Tarquino con el nombre de rey, gozándose con ser la primera en rendir tal homenaje, y le impulsó á una pronta exaltación en el trono vacío. Temeroso Tarquino de que sus audacias pudieran atribuirse á sugerencias de la esposa más que á movimientos de la voluntad, ordenóle severamente la inmediata partida de aquel sitio y aun le señaló con ademán imperioso el abierto camino. Partiósela llena de ale-

gría, radiante con el fulgor que daban á sus ojos las ambiciones logradas, fuera de sí como una demente, cuando, al llegar por la calle Cipria y á la puerta del templete de Diana, como el conductor volviese hacia la esquina Birbia, deseando abreviar el paso al Esquilino, detuvo los caballos, y crispadas las manos, demudado el semblante, fuera casi de las órbitas los ojos, señaló un objeto allí tendido, el cual aterraba, no sólo al cochero, á los mismos caballos, encabritados hasta el extremo quizá de huir y desbocarse. Alargó Tulia el pescuezo para mirar el obstáculo á su carrera, y el obstáculo fué nada menos que su propio padre, allí tendido, muerto, profanado. Tulia no se conmovió á su vista, y con ademán sereno, voz entera, tranquilo rostro, conminó al conductor de su carro para que continuase la carrera. Maquinalmente azotó éste los caballos que, al súbito latigazo, echaron á correr, pasando cascos y ruedas sobre aquel inerme y desacatado cuerpo. La sangre, todavía caliente, de Servio, manchó la vestidura de su hija, y sin quitarse las manchas, que por no decir cosa ninguna en su corazón y en su conciencia, cubrieron de infamia eterna su nombre, llegó hasta el ara de los dioses penates, y ofrecióles con sus manos impuras domésticos sacrificios religiosos para que sostuviesen la maldad y prosperasen el crimen. No hubiese ha-

bido justicia en el cielo, ni pavezca de conciencia en el hombre, si aquel acto de barbarie no trajera en su hora y sazón la correspondiente catástrofe.

Tarquino subió al trono. Su padre llevó el apellido de Prisco, que quiere decir viejo, antiguo, anterior; y llevó él, por su parte, otro apellido no menos correspondiente con su complexión y con su vida, el apellido terrible de Soberbio. Temiendo que su propia violencia enseñara violencias análogas á los demás, rodeóse de guardias destinados á mantener por la fuerza un derecho no reconocido ni por el Senado ni por el pueblo, que quien gana su poder por el crimen lo conserva por el terror. Poco á poco aquella idea etrusca del poder y del gobierno al modo asiático llegó á sus mayores desenvolvimientos en él, y prescindiendo por completo de curias, de centurias, de comicios, de legisladores, de Senado, contrayendo la inmensa responsabilidad efectiva de alzarse con todos los poderes, gobernó bajo la inspiración de consejos ocultos, como los sátrapas y los déspotas; declaró la guerra ó hizo la paz á su grado; requirió á los extraños para que le sirviesen ó auxiliasen contra los propios, castigando así al pueblo rey con todos los excesos y todos los vejámenes de una tiranía insolente y audaz. El menosprecio á todas las formas legales y á todos los cuerpos del Estado le llevó

hasta citar asambleas y luégo negarles su presencia. Si alguien se desmandaba, y no podía matarlo de frente, lo manchaba con cualquier calumnia, hiriendo de un solo golpe á su víctima y á las leyes. No tuvo aptitudes verdaderas sino para los combates y conquistas, para todo aquello que pide instintos carniceros y se inspira en la musa del odio. Tras porfiadas guerras contra los volscos conquistó á Pomecia, encontrando tan copioso botín, que, vendido por cuarenta talentos de oro y plata, le permitió erigir templo vastísimo, consagrado en el nombre á Júpiter y en la realidad á su propia soberbia. No se valía en estos oficios guerreros tan sólo de su fuerza, empleaba también su astucia. Metido en guerra con Gabia, como no lograrse vencerla y reducirla cual redujera y venciera tantas ciudades vecinas, diputó aquel hijo suyo que había de perderle por sus desórdenes y por sus vicios, el hijo menor y más querido, Sexto, para que fingiese huir de su padre, quejarse de la paternal tiranía, y en su desesperación acudir allí demandando el auxilio indispensable á derrocar tan parricida tirano. Creyéronle cándidamente aquellos ciudadanos y confiaron la dirección del pueblo y del gobierno al fugitivo Sexto, quien principió por dirigirlos con arte y acabó por descabezarlos con crueldad, entregando luégo aquel cuerpo sin cabe-

za en manos de su padre. Una madre como Tulia, un padre como Tarquino, sólo podían dar de sí el engendro de Sexto, destinado á corromper con sus vicios más y más á Roma, pero también á traer, en virtud y por obra de aquella terrible corrupción, el necesario castigo. Ocupado el déspota en acabar su templo á Júpiter Capitolino, templo destinado á la ostentación de su piedad y de su soberbia, no perdonó medio alguno conducente al apetecido logro de su objeto, deseando, como todos los déspotas, reinar en el otro mundo y engañar á la muerte. El oro del Estado y el esfuerzo del pueblo contribuían de consuno al esplendor del monarca y al crecimiento del templo á la manera y modo que las córveas impuestas á los esclavos del Asia; y el dinero de los tesoros sacros é imperiales sólo servía para palacios como los construídos á las orillas del Tigris y para pirámides como las levantadas á las orillas del Nilo. La penuria del tesoro se remediaba con tributos gravosísimos, y la impaciencia por el templo se satisfacía con esfuerzos múltiples. Ya tallaba graderías en los circos, ya en las entrañas del territorio romano abría las cloacas aun hoy existentes, y cuyo grandor y cuya mole nos maravilla por el esfuerzo y nos aterra por el coste cuantiosísimo de libertad, de sudor y de sangre. Los historiadores antiguos enlazan los hechos natura-

les de la historia con los hechos sobrenaturales de la religión. Según ellos, la divinidad no interviene sólo en las cosas humanas por medio de sus leyes, interviene también por medio de su voluntad individual, efectiva y patente. Así cuentan maravillas, milagros múltiples y varias señales del cielo que revelan relación misteriosa entre lo natural y lo sobrenatural, de la que no quieren ver prescindir en modo alguno á la historia. Y refieren lo que vais á leer. Cierta día, de una columna salió espantable serpiente, la cual espantó en el regio palacio á todos los palaciegos. El hecho llegó á embargar la voluntad y conciencia de Tarquino el Soberbio no por lo que fuera en sí, por lo que presagiara y anunciase para lo futuro. Muy perito en adivinaciones etruscas, muy ligado con los agoreros de su raza y patria, no quiso consultarlos, prefiriendo el oráculo de los oráculos, el oráculo de Delfos. Así mandó allí dos de sus hijos, y con dos de sus hijos un extraño, aunque no del todo, á ellos, pues era su primo, el célebre y cuasi mudo Junio Bruto, quien, sabedor de cómo las gastaba Tarquino y cuántos peligros corrían todos los privilegiados por algún dón excelso en aquella corte corrompida, fingióse imbécil y mudo, á fin de recabar á la indiferencia y al silencio una vida que acaso perdiera luciendo las altas dotes y las extraordinarias calida-

des recibidas en su voluntad y en su inteligencia del cielo. Llevó su ficción y engaño tan lejos, que le denominaban Bruto, como el apellido más correspondiente á su índole. Compañero de príncipes, una pregunta natural debía surgir en aquella compañía: ¿cuál de los tres, él ó los dos hijos del tirano, debían obtener tras Tarquino el gobierno de Roma? «El primero, dijo la pitonisa, que llegado á la ciudad, bese á su madre.» Llegado á Roma, Bruto besó la tierra, y se cumplió así la predicción del oráculo.

Aquellas pervertidas costumbres del despotismo forzosamente debían chocar con Roma y con la gente romana. El carácter oriental dado por los Tarquinos á la institución monárquica repugnaba en el fondo al romano como esta institución misma. En la originalidad nativa de sus primeras leyes y de su rudimentaria sociedad, el orientalismo no tenía una gran cabida. Pero aun pudo permanecer y quedarse, de no haber intentado pasar, como levadura indispensable de la vida toda. En otras maneras de gobierno, la corrupción sobreviene, como sobrevienen las epidemias, por una especie de perversión espiritual y moral muy generalizada y muy parecida de suyo á la perversión atmosférica. En el despotismo, la perversión es como la consecuencia de todo el sistema, como un medio y como

un fin, instrumento y objeto del Estado. Solamente seres muy débiles por su complexión íntima ó muy debilitados por el vicio se doblan fácilmente al yugo despótico. En los fuertes el despotismo suele cebarse para debilitarlos, y en los debilitados ó débiles para impedir un mejoramiento de naturaleza que resultaría un regreso á la libertad. Como Tarquino el Prisco engendrará un hijo que le superó, Tarquino el Soberbio, engendró éste á su vez otro hijo que le superó también, Sexto Tarquino. Porque su padre mandaba en Roma creíasele permitido todo tal atolondrado. Para él no había honor seguro. Las mujeres ajenas, cuanto más recatadas de naturaleza y de costumbres, más tentaban sus apetitos, empeñados en hacer de Roma su oriental harén. Las tristes austeridades consiguientes á la vida en campaña y á los ejercicios militares, lejos de calmar los ardores de aquella encendida sangre suya, exacerbábanlos con terribles exacerbaciones. El caprichoso dado, el embriagador vino, el deleite sensual en todas sus formas ocupan su vida entera de soldado. La tienda que habita parece un garito, una taberna, un burdel. Como la mayoría de los malvados, descubre á la continua en todos los vicios mismos de que adolece y á todos imputa una vida semejante á su vida. El ocio que le deja el placer lo emplea en la murmuración. Su lengua lleva el

veneno de las víboras y asesina su venenosa palabra. A quien más persigue y se atreve hombre tal desalmado es á la mujer indefensa y ausente. Hijo de rey, nieto de rey, rico en bienes, como que añade á su riqueza propia la riqueza de todos, si corto en dádivas, largo en promesas; sugiriendo á una juventud, pervertida tanto por aquel régimen como por la gente criminal que lo personificaba y dirigía, sus vicios, acababa con la flor de los romanos, pues podría esa raíz de la esperanza que se llama juventud. Desde su abuelo, Tarquino el Viejo, pasó la gangrena corrosiva con facilidad á su padre, Tarquino el Soberbio, y desde su padre al cuerpo suyo en vicios y al espíritu en errores. Y como el agua estancada y podrida difunde las fiebres, el ejemplo suyo difundía males y errores. De su contagio estaban como enfermos todos los jóvenes romanos, y especialmente los jóvenes distinguidos. Si alguien se libertaba por un esfuerzo de voluntad, se le creía conspirador y se le designaba seguidamente al destierro y aun al patíbulo. El ejemplo de Bruto, fingiéndose imbécil para ocultarse dentro de su alma, pues no creía ningún otro seguro bastante sigiloso y fuerte, prueba cómo las almas allí se habían todas envilecido y doblegado al terrible opresor. Cuando, por engaño, entró en una ciudad enemiga, fingiéndose con arte pérfido á su terrible padre hostil,

bastó que delante de un embajador suyo, recibido en el jardín de su palacio, tronchase Tarquino unas cuantas flores de adormideras para que comprendiese cómo él debía corresponder al paternal aviso tronchando algunas cabezas de hombres. El vicio en su sangre podrida, el error en su conciencia oscura, el puñal en sus manos malvadas, el engaño y la traición en sus combates, el despotismo en su política: tales eran los medios de que Sexto se valía para prepararse primero él y preparar después á los demás en su proterva obra de corrupción y envilecimiento. Aquella corrupción sistemática hubiera concluído con Roma seguramente de no haberse Roma defendido por un milagroso esfuerzo. Los Tarquinos habían atentado á todo, y todo á estos atentados había caído. Ellos asesinaron la moral pública y los respetos monárquicos asesinando al rey Servio Julio. Ellos burlaron los comicios alzándose á reyes usurpadores sin voto alguno y sin consentimiento y sanción de los poderes públicos. Ellos alteraron hasta el Senado, inmortal Asamblea en la que veían todos un sacerdocio de las viejas tradiciones romanas, una especie de colegio augural que guardaba las romanas leyes. A todo se atrevieron, pues, á todo, estos malvados. Pero había una institución intacta, no obstante sus errores y sus ejemplos perversos. Había una institución sacratísima

que conservaba incólume su grandeza moral y su influencia política. Esta institución era la familia. El terrible natural de Tarquino, el parricidio de Tulia por tantas maldades agravado, la conversación y la vida del monstruo por Tulia y por Tarquino engendrado, la conversación y la vida perversísimas de Sexto, no habían, no, ya herido ni asombrado siquiera la familia, esta ciclópea base del poder y del Estado en Roma.

Pero un crimen de Sexto, un crimen personal, acabó de revelar todos los males encerrados en la monarquía y de abrir el abismo donde se hundiera. Este crimen fué su atentado al honor de Lucrecia, esposa y madre de familia. El hogar doméstico aparecía como un templo sacro en la vieja Roma. Santuario verdadero el sitio donde habitaba la familia, ungíalo un respeto religioso incompatible con toda profanación. El padre allí parecía un dios. El vínculo, el dominio, la propiedad perteneciente al instituto llamado familia se alzaba en los afectos de aquella sociedad á una especie de tierra sacra. La unidad religiosa, económica, política, jurídica, representada por el padre, imponíase con rigor inexorable. El hombre libre y sin tutela ninguna, la mujer con este hombre unida por las leyes y por los ritos, el hijo con su esposa y con sus hijos, las hijas solteras constituyen los factores esenciales

de la familia romana. Por más que los hijos puedan tener algún rebaño aparte, peculio, los bienes todos familiares puestos en común y repartidos entre la comunidad familia pertenecen al padre, quien, soberano, legislador, sacerdote, juez, verdugo de toda su gente, dispone hasta del agua que beberá, con el fuego en que se calentará toda su familia. La patria potestad romana, revestida con todas estas facultades y poderes, tiene una perpetuidad ignorada en otros estados y entre otras gentes. La muerte, solamente la muerte puede romper el vínculo que ata esa especie de cosa como el esclavo, llamada hijo, con la superior y altísima persona del padre. Buscando la ciudad en sus instituciones y en sus leyes un férreo temperamento apropiado á la primera entre todas las virtudes romanas, á la fortaleza, sólo pensaba en forjar hombres fuertes, capaces de hacer por su parte vigorosísimo y formidable al Estado. La soberanía, la potestad, las facultades, las jurisdicciones al Estado pertenecientes, provenían de la familia, del padre, del patricio, del soberano, á quien se le obedecía como á un rey, se le veneraba como á un sacerdote y se le oía como á un oráculo, resplandeciendo en toda su persona cierta especie de autoridad religiosa, la cual llegaba de suyo hasta tomar caracteres litúrgicos. Un hogar sacro, una propiedad inviolable, la fami-

lia unida y respetada, el rito familiar celebrado como un culto público, los penates queridos y adorados en común, el fuego perpetuo sobre las aras ungidadas por oraciones y por sacrificios constituían una institución por tal modo fuerte, que no sólo tocaba con sus raíces y con sus derechos al Estado, sino también por su perpetuidad y por su aspecto religioso al cielo. En esta familia la mujer estaba, como todos los individuos del hogar, bajo la tutela del marido, quien, no embargante su poder y su fuerza, permitíale una dirección administrativa y aun política en la casa de verdadera y trascendental importancia. La mujer en Roma, después de haber compartido con su esposo la torta nupcial, confarreación, y de haberse dejado partir con una lanza el cabello por mitad, y de haber pasado los vestibulos y límites domésticos en brazos, para que no los tocara con sus plantas, aunque por todos estos signos parezca sierva, es realmente señora, y señora muy activa de su hogar. El esclavo molerá el trigo y guisará la comida, pero bajo la inspección suprema de la mujer, quien trueca esta inspección, verdaderamente consuetudinaria, en autoridad restricta por el poder inmenso de su marido, pero verdadera, y real, y activa.

El arado constituía, digámoslo así, una especie de blasón superior en la primitiva familia romana,

que no concebía de ningún modo al padre sino guiando á la yunta. Así el buey era tan querido como el siervo en aquellas leyes inexorables y en aquellas costumbres rigurosas. La vara con que dirigía el labrador sus bueyes tomaba el aspecto y la importancia de un cetro, y como la vara del labrador era también el huso en las mujeres. Un arado y un huso constituían los dos grandes blasones de la familia romana. Al hijo se le daba una porción de propiedad con el nombre pastoril de rebaño, y á la mujer se le daba el vellón de este rebaño para que lo transformase y lo convirtiera en lana hilada y apercebida para las vestiduras de todos. Así la verdadera matrona romana se nos aparece, cual si en los ojos la lleváramos grabada, en su amplia sede, los pies calzados por las sandalias, sobre un taburete, la sacra lámpara de sus vigiliadas puesta sobre una trípode, de la cual se levanta una columnilla estriada y concluida con una copa donde relucen los resplandores de la luz alimentada por oloroso aceite, y el huso en las manos, el huso, tenido, no sólo como un instrumento de trabajo, como un cetro que indica su autoridad particular y que completa la significación tan importante del arado. Las dos bases, pues, de la familia romana consistían en la obediencia más ciega prestable al *pater familias* y en el culto religioso á la castidad